

CUADERNOS DE NARRATIVA

José María Merino

Grand Séminaire

Universidad de Neuchâtel, 14-16 de mayo de 2001

CENTRO DE INVESTIGACIÓN
DE NARRATIVA ESPAÑOLA



UNIVERSIDAD DE NEUCHÂTEL

Nº 6, diciembre 2001

Editoras de este número:

Irene Andres-Suárez
Ana Casas
Inés d'Ors

Consejo Asesor

Germán Gullón (Universidad de Amsterdam)
Luis López Molina (Universidad de Ginebra)
José Luis Martín Nogaes (UNED, Pamplona)
Gonzalo Navajas (Universidad de California, Irvine)
Santos Sanz Villanueva (Universidad Complutense, Madrid)
Fernando Valls (Universidad Autónoma, Barcelona)
Darío Villanueva (Universidad de Santiago de Compostela)

Centro de Investigación de Narrativa Española
Directora: Irene Andres-Suárez
Universidad de Neuchâtel
Espace Louis-Agassiz, 1
CH- 2000 Neuchâtel (Suiza)

© 2002 by Institut de Langue et Littérature Espagnoles.
Université de Neuchâtel. Todos los derechos reservados
Edita: LIBROS PÓRTICO, Muñoz Seca 6, E-50005 Zaragoza (España)
portico@zaragoza.net

ISBN: 84-7956-030-4
Depósito legal : Z. 3.337 - 2002

Imprime:
Sdad. Coop. de Artes Gráficas Librería General. Pedro Cerbuna, 23
50009 Zaragoza – imrentalg@efor.es

Grand Séminaire de Neuchâtel

Coloquio Internacional

José María Merino



14-16 de mayo de 2001



Universidad de Neuchâtel



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA
Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas

ÍNDICE

Presentación	7-8
José María MERINO	
El narrador narrado	9-24
Carme RIERA	
José María Merino, como en sí mismo al fin	25-39
Luis Mateo Díez	
El vigía del sueño (un relato de literatura y amistad)	41-46
Ignacio SOLDEVILA DURANTE	
José María Merino o las dos caras de la luna	47-66
María Ángeles ENCINAR	
Tras las huellas de Souto: el arte de convertirse en auténtico personaje	67-82
Esther CUADRAT	
José María Merino : La literatura como doble	83-103
Fernando VALLS	
Misterios y días del Barrio del Refugio (Sobre un libro de cuentos de José María Merino)	105-120
Dolors POCH	
La <i>subversión</i> del lenguaje como <i>motivo</i> en algunos cuentos de José María Merino	121-131
David ROAS	
La persistencia de lo cotidiano. Verosimilitud e incertidumbre fantástica en la narrativa breve de José María Merino	133-147
Enrique TURPIN	
El territorio de la fábula : “Papilio Síderum” y “Artrópodos y hadanes”, de José María Merino	149-163

Maria Alessandra GIOVANNINI

La evaporación corpórea como metáfora de la pérdida
de la identidad 165-175

Victoria BÉGUELIN-ARGIMON

Metaficción en “El caso del traductor infiel”
de José María Merino 177-187

Irene ANDRES-SUÁREZ

Los cien días imaginarios de José María Merino 189-212

Asunción CASTRO DÍEZ

La trilogía americana de José María Merino: crónica de
una aventura verdadera 213-226

José Enrique MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

La novela del Patio. Acerca de *El centro del aire*,
de José María Merino 227-237

Gabriela CORDONE

El castigo de soñar: mujer y profecía en *Las visiones*
de *Lucrecia* 239-247

Natalie NOYARET

“El hechizo de Iris”: la duplicidad elevada
a extraños niveles 249-265

José Manuel TRABADO CABADO

Crónica de lo maravilloso: ficciones y escrituras intermedias
en *Los invisibles* de José María Merino 267-284

Bibliografía de José María Merino 285-305

LA EVAPORACIÓN CORPÓREA COMO METÁFORA DE LA PÉRDIDA DE LA IDENTIDAD

Maria Alessandra GIOVANNINI
Instituto Universitario Oriental de Nápoles

Lo que más sorprende del cuento de José María Merino "La imposibilidad de la memoria"¹ es la manera en que el autor ha tratado un tema algo gastado hasta convertirse en lugar común y peligrosamente expuesto al riesgo de una fácil retórica: la relación entre yo y otredad que se manifiesta a través del enfrentamiento del individuo con su propio pasado, por un lado, y con la realidad circundante, por otro. Ese enfrentamiento, aunque se realice en el ámbito personal, es sintomático de un discurso más general que abarca y afecta a toda una generación, a la que el mismo Merino pertenece. Se trata de un tema recurrente en la obra de los escritores más o menos coetáneos al nuestro, aunque en parte ya venía heredado de la generación precedente -pienso, por ejemplo, en la obra poética de Jaime Gil de Biedma y el mito de *la mala ginebra*, así como en el tema del compromiso político por parte de los jóvenes burgueses de los años 50-. Eso se puede verificar fácilmente analizando la obra de un autor como Juan José Millás. Como lo demuestra la narrativa de ese extraordinario escritor, la relación antagónica entre yo y otredad, a lo largo del último cuarto del siglo XX, se desarrolla a través de obras en que ese tema está centrado en la profundización de una búsqueda interior por parte de unos personajes que intentan comprender las razones de su propia incapacidad para adecuarse al presente histórico. En efecto los personajes se encuentran aparentemente integrados en la sociedad, en una realidad que, por otra parte, les ha exigido desconocer lo que realmente eran,

¹ José María Merino, "La imposibilidad de la memoria", *El viajero perdido*, Madrid, Alfaguara, 1990; ahora en José María Merino *50 cuentos y una fábula*, Madrid, Alfaguara, 1997, pp. 257-270.

He utilizado esa última edición.

renegar ideales y valores en los que en su juventud habían creído y por los que habían luchado. Un día, de repente, sin aparente motivación, se ven forzados a enfrentarse con su pasado, es decir, se encuentran verificando la distancia entre la propia identidad juvenil y la presente, y llegan a la conciencia de carecer por completo de un 'yo', puesto que la elección de pactar con la realidad y de adaptarse a sus falsos valores presupuso aceptar un papel, una máscara. Afincado firmemente en esa línea, en el relato "La imposibilidad de la memoria" se lee:

Javier había cambiado mucho, pero acaso fuese cierto que la pérdida de identidad era una de las señales de este tiempo, y que ya no quedaba en el mundo nada humano que pudiese conservar su sustancia. Él mismo lo había afirmado con frases rotundas, en una de aquellas ocasiones en que mantuvieron una conversación alzada sobre lo estrictamente doméstico.

-La identidad ya sólo existe en las ensoñaciones de los ayatolas, de los aberchales, de gente así -había dicho, haciendo girar la bebida en el vaso con habilidad-. Aunque parezcan irreductibles, son puras figuraciones, delirios. Realmente ya no hay nada que mantenga el alma igual, día tras día. Desgraciadamente ya no está loco quien cambia, sino quien no es capaz de incorporarse a la continua mutación de todo. De ahí la imposibilidad de la memoria.²

Junto a ese aspecto temático hay que añadir otro que a menudo se encuentra como corolario a lo dicho: la reflexión de orden ético-político-existencial está estrictamente relacionada con la tarea de escritor. Es decir, muchos de los personajes *en crisis* desarrollan el papel social de escritor o por lo menos trabajan con el idioma, y, quizá por eso, se caracterizan por ser los individuos menos receptivos frente a los cambios impuestos por la realidad. A la vez, ellos son conscientes del poder desrealizador que ella ejerce sobre la identidad: si ese particular parece afectar sólo a la vertiente argumental de la narración, en realidad es un aspecto que revela una precisa concepción de nuestro autor sobre el papel desarrollado por la literatura como medio para crear la realidad, por un lado, y, por otro, para interrogarse sobre ella y sobre sí mismos.

Esta precisión nos introduce en el otro cuento sobre el cual quiero centrar mi intervención, "Las palabras del mundo"³. Aquí encontramos a un personaje que, a lo largo de la obra meriniana, se ha convertido en el

² *Ibidem*, pp. 259-260.

³ José María Merino, "Las palabras del mundo", *El viajero perdido*, Madrid, Alfaguara, 1990; ahora en José María Merino, *50 cuentos y una fábula*, Madrid, Alfaguara, 1997, pp. 236-247.

En el presente estudio se ha utilizado esa última edición.

Personaje meriniano: el profesor Eduardo Souto, docente universitario de lingüística. Su campo de especialización se centra en la investigación de los signos lingüísticos, sobre los significantes a través de los cuales se designan los significados. En una línea que podríamos definir neo-saussuriana, él concibe la palabra como el medio para expresar la realidad, para ordenarla y hasta crearla: es precisamente esa conciencia del poder creador de la palabra la que impide a Souto continuar viviendo, existiendo, cuando su cerebro empieza a olvidar. La caída de las correspondencias semánticas, la falta de memoria, el progresivo deterioro de sus facultades cerebrales, le conducen a anularse como 'yo'.

Así que, parafraseando el título del otro cuento de Merino, *la imposibilidad de la memoria* es el tema principal de ambos relatos, aunque se cumpla en los dos cuentos de manera opuesta. En el primero de ellos, la imposibilidad de recordar constituye un amparo, un arma utilizada por el yo para defenderse de la conciencia de su propia sustancial inexistencia: la crisis existencial del Javier mayor, el personaje *ausente* del relato, empieza en efecto cuando la rememoración del pasado se convierte de imposible en posible y, quizá, éticamente necesaria. En cambio, en "Las palabras del mundo", recordar es existir porque a través del recuerdo se nombra la realidad y así se la crea, se recuerdan las palabras que son el único puente entre el 'yo' y la otredad: la enfermedad neurológica que padece Souto, la imposibilidad de preservar las palabras contenidas en la memoria, es la causa de su desaparición, es decir, de la extinción de su 'yo' y de la realidad pensada y nombrada dentro de él.

Otro elemento común a los dos cuentos es el asunto de la desaparición del personaje, acontecimiento que funciona como *incipit* para la narración. Y efectivamente ambas historias se presentan al principio perfectamente insertadas en el ámbito de lo real, donde la improvisa desaparición de un individuo de su ambiente social nada tiene de extraño, puesto que acontecimientos de ese género se encuentran diariamente notificados por la prensa y forman parte de la mayoría de los asuntos objeto de investigación policial. A menudo, la desaparición revela ser un homicidio o un suicidio, probado a través del descubrimiento del cadáver y de la consiguiente reconstrucción de la dinámica de los hechos por parte de los investigadores; pero a veces, cuando las pesquisas llevan a un punto muerto y no se consigue encontrar el cuerpo, el caso queda archivado como no resuelto.

Las desapariciones del profesor Souto y de Javier conducen al desarrollo de una narración que, si bien arranca de los datos pertenecientes a lo real cotidiano, se carga de elementos fantásticos que se insertan

gradualmente en la trama para luego sugerir una diferente y deslumbrante explicación de lo ocurrido, paralela y divergente de las conclusiones lógicas a las que se había llegado.

En el primer cuento, la narración empieza cuando la investigación policial ya ha concluido con el archivo del caso, con la hipótesis del suicidio del profesor Souto debido a problemas de inestabilidad psíquica, aunque no se haya encontrado el cuerpo, mientras que en el segundo toda la historia se centra en la progresiva constatación por parte de la protagonista de que su marido haya desaparecido efectivamente, sin implicar por eso la intervención de la policía -intervención que, quizá, tendría que realizarse luego, cuando alguien se hubiera enterado de la doble desaparición de la pareja. Pero estas últimas son meras conjeturas, porque el cuento acaba precisamente cuando la protagonista comprende lo que sucedió a Javier y ella también empieza a desaparecer.

Pero ¿cuál es el elemento que implica en sí mismo la posibilidad de explicar el caso de la desaparición de un ser humano de su ámbito social, utilizando procedimientos mentales que escapan a la racionalidad lógica y no obstante parecen más válidos y convincentes que ella? Es decir ¿Por qué la simple explicación lógica de lo ocurrido nos parece reducida y errónea, comparada con la otra 'verdad' posible que nos viene sugerida por la escritura, que, por absurda y espantosa que resulte, nos convence del todo?

El elemento base a cuyo alrededor se construye toda la armazón fantástica de los dos cuentos merinianos, es la desconcertante y misteriosa modalidad con que los personajes desaparecen, es decir, el hecho de que los cuerpos de Souto y de Javier -y poco después el de su mujer- padecen un proceso de evaporación corpórea. Por cierto, con ese término intento unificar, arriesgando ser imprecisa, dos situaciones algo diferentes. Souto, en efecto, logra una condición de *invisibilidad corpórea*, una transformación consiguiente a su progresiva extinción psíquica, así que sus restos 'mortales', su cuerpo, desaparece a la vista del mundo pero persiste, continúa existiendo dentro de sus prendas. En cambio, lo que Javier padece es un lento proceso de evaporación corpórea que lo reduce a simple espíritu, es decir, lo que se preserva de su individualidad es la vertiente espiritual, convirtiéndose así en una especie de variante al revés del *cuerpo presente (alma ausente)*. Si llevamos ese discurso hasta sus extremas consecuencias, podríamos arriesgarnos a decir que el anciano lingüista, personaje 'misterioso' de "Las palabras del mundo", por la imposibilidad de acceder a su memoria, se convierte en un *fantasma al revés*, cuerpo inerme e invisible, mientras que Javier, por haber vuelto a su memoria, a su

pasado, a su identidad de antaño, se encuentra en la rara condición de *cadáver al revés*, por ser *alma presente (cuerpo ausente)*. Ambos acaban mutilados de una parte de su propio ser, imposibilitados de continuar existiendo como entidad íntegra en lo real.

Claro está que todo eso los lectores lo interpretamos desde un punto de vista metafórico. El misterio que envuelve el destino del personaje desaparecido, su inconcebible pero inevitablemente cierta explicación, son elementos que juegan un papel fundamental en la construcción de los relatos; pero, al mismo tiempo, estos poseen un significado y un valor connotativo que va más allá de su interpretación al pie de la letra y que otorga a la narración su complejo espesor significativo.

La disolución física del personaje puede leerse como un elemento ajeno a la realidad fáctica que se inserta en ella y que poco a poco empieza a imponer sus reglas 'extra-ordinarias' al orden lógico de las cosas. Además -y en eso reside la gran fascinación de la escritura meriniana, en esa presencia indisoluble de todas estas implicaciones de naturaleza heterogénea-, ese elemento es evidentemente metáfora de la consiguiente toma de conciencia de parte del 'yo' de su insubstancialidad. Escribe Souto en su cuadernillo: "Olvidar no es." "Olvido: no existo."⁴

Teniendo en cuenta la concepción filosófica según la cual el individuo está constituido por la unicidad de cuerpo y mente, la falta de uno de los dos términos conlleva consecuentemente la pérdida o, por lo menos, la invalidación del otro. Pero lo que a mí me interesa evidenciar aquí es precisamente cómo la compleja red de significaciones connotadas por esa metáfora de la evaporación corpórea de los personajes merinianos sea posible a través de una narración que nunca se aleja demasiado de lo real, de lo cotidiano, así que la repentina irrupción de lo fantástico resulta al mismo tiempo evidente y desconcertante. Mientras que la realidad sigue teniendo su vigencia y propone una explicación lógica de lo ocurrido, la alternativa inquietante sugerida por la subterránea y paralela vertiente fantástica de la narración se impone con toda su fuerza. Esta, pues, se transparenta a través de los acontecimientos que forman parte de la vida diaria de quienquiera, dejando huellas imperceptibles dentro de la rutina.

En este sentido lo que continuo denominando fantástico no se presenta como algo aislable e independiente de lo real, sino como su cara oscura, sombría, el otro lado de la realidad sobre la cual Merino se interroga. Es justamente esa cara la que el escritor intenta desvelar a través de un

⁴ José María Merino, "Las palabras del mundo", *op. cit.*, p. 245.

tratamiento 'realista' de sus historias. "Las palabras del mundo" y "La imposibilidad de la memoria" se estructuran y adhieren al género policíaco, puesto que la desaparición del profesor Souto y de Javier se convierten en dato necesario para la sucesiva investigación policial, o si se quiere pseudo-policial, en la que se ven implicadas, respectivamente, la asistente de Souto, Celina Vallejo y la mujer de Javier.

El narrador omnisciente de "Las palabras del mundo" se propone reconstruir meticulosamente lo ocurrido al profesor Souto antes de su desaparición. La narración se desarrolla como si fuera un informe, resultado de un acertado reconocimiento de hechos y testimonios, continuamente confirmado por datos adquiridos a través de lo que el mismo profesor dijo a sus colaboradores, o probados por lo encontrado escrito en sus cuadernos o en las cartas que él envió a su asistente Celina Vallejo. Además, viene descrito detalladamente el ambiente universitario donde Souto trabajaba, sus "hábitos rígidos", el lugar en que vivía, el hecho de que su desaparición se haya interpretado como un suicidio. De ahí las etapas de la enfermedad que había empezado de repente a obstaculizar las clases: la progresiva dificultad de articulación del lenguaje y la imposibilidad de interpretar las palabras pronunciadas por los demás que le llegaban al oído descompuestas en unidades fonéticas. Los cuadernillos, es decir, la palabra escrita, empezaron siendo la única modalidad utilizada por Souto para comunicar. La prohibición del médico de seguir trabajando y su traslado a un lugar tranquilo constituyen las siguientes etapas del relato. Desde su retiro, Souto había enviado algunas cartas a su asistente en las que le informaba del progresivo empeoramiento de su enfermedad, hasta revelar algo que ella había interpretado como un signo evidente de su progresiva pérdida de la razón:

Más adelante apuntaba una hipótesis que sobresaltó a Celina Vallejo, al considerar que tal razonamiento no podía provenir sino de una mente perturbada: sintiéndose envuelto en un silencio doblemente angustioso, el profesor Souto aventuraba que las palabras, elemento fundamental que la especie humana ha construido para comunicarse, sobreviven solamente por un permanente y violento esfuerzo de la memoria, mantenido sin desfallecimiento en lo más íntimo de cada ser desde que va conociendo los primeros rudimentos de la lengua. Un desmayo de esa secreta voluntad y el súbito olvido hará que todo el gigantesco castillo de las palabras, artificioso, ficticio, pierda su imposible coherencia y se desmorone.

Sin duda -decía- era eso lo que le había sucedido: había dejado de esforzarse, en lo más íntimo de sí mismo, en el fondo de su ánimo, por recordar y coordinar algo tan ajeno como los ruidos del habla, que sólo pertenecían al territorio

irracional de los sonidos naturales, como el murmullo de las fuentes, el restallido del trueno o el rugir de los montores.⁵

En otra carta, Souto sentenciaba que "las palabras escritas eran, sin duda, producto de una voluntad poderosa e inconsciente, que reflejaba en el interior de cada uno el propósito colectivo de que aquellos signos gráficos tuviesen un significado que trascendía inmensamente su forma; un significado que, al convertirlas en una denominación reconocible y aceptada, era no sólo la verdadera señal de la existencia de las cosas del mundo, sino el propio emblema mágico que las hacía existir"⁶.

Así, la narración se construye mediante una recolección consciente, basada en pruebas irrefutables, de hechos ligados por una estrecha relación causa-efecto, es decir, todos los elementos entran dentro del marco de una fiel transcripción de la realidad. Sin embargo, la 'otra cara' de la realidad se asoma a través de las pruebas más tajantes; las cartas y los cuadernillos de Souto son los testimonios escritos que de un lado atestiguan la demencia del personaje, y del otro configuran la explicación posible, es decir, su toma de conciencia de la verdad escondida bajo la apariencia de lo real. El reconocimiento del papel desarrollado por las palabras en determinar lo existente es una revelación conquistada por Souto en el momento en que él está a punto de perder por completo sus capacidades mentales, y, quizá, sea precisamente su enfermedad la causa principal de su descubrimiento, el punto de llegada de toda una vida gastada en interrogarse sobre el valor de esos signos. Su triunfo y a la vez su perdición.

Desde ese momento, la vertiente fantástica se inserta en la narración, diseminando huellas ambiguas que intentan sugerir una versión algo diferente de la propuesta por la policía y aceptada como la única plausible.

El contenido de las cartas escritas por Souto empuja a su asistente a visitarle en su retiro, para averiguar personalmente las condiciones en que se encuentra. Así, Celina Vallejo constata la inexorable regresión de las facultades mentales del profesor. Una semana después, llega la noticia de que Souto había desaparecido sin dejar huella y al mes siguiente el descubrimiento de su coche en una localidad llamada Costa de la Muerte:

Cuando la policía tuvo testimonios de la peculiar conducta del profesor Souto en los últimos meses, supuso que él mismo había sido el causante de su desaparición, posiblemente dando fin a su vida entre aquellas olas turbulentas,

⁵ *Ibidem*, p. 241.

⁶ *Ibidem*, p. 241.

aunque su cuerpo no hubiese sido localizado todavía entonces, como lo ha sido hasta la fecha.⁷

Otra vez Celina Vallejo decide ir a averiguar lo ocurrido a su profesor. En aquel lugar en tierra gallega cerca del mar, la detective improvisada se enfrenta con una naturaleza salvaje y violenta:

Celina Vallejo contempló durante bastante tiempo aquellas aguas bravías, los roquedales que penetraban en el mar como oscuros cuchillos, el horizonte ensombrecido por un agrupamiento de nubes plumizas. Relataría luego a sus amistades que aquel paisaje tenía apariencia especialmente inhumana y que tanto sus elementos sólidos -la palidez de los cantos, la negrura de los roquedales- como la violencia de la mar -aquellas olas bramantes- se acomodaban perfectamente a las extremosidades de cualquier delirio.⁸

Tras la lectura de los últimos cuadernillos de Souto, la asistenta acude a la comandancia y el cabo, que “tenía el prurito profesional de redactar los atestados de modo que reflejasen con veracidad los sucesos tal como fueron, o que transmitiesen lo más certeramente posible los datos de la realidad” (p. 246), se pone a reseñar las ropas encontradas dentro del coche del desaparecido, “pero cuando comenzó a hacerlo, descubrió que había en ellas un orden misterioso” (p. 246):

Dijo el cabo que las ropas, *ordenadas como si vistiesen a una persona* -aunque *era evidente* que no había nadie dentro- y sin volumen que las diese forma, *recordaban sin embargo vagamente un ademán humano*. A él, aquella disposición le había parecido la señal de una macabra humorada, *indicio probable* de una decisión desgraciada por parte del desconocido propietario.⁹

Los datos de la realidad dejan así translucir dos soluciones alternativas para explicar la misteriosa desaparición. De un lado la más verosímil, la del policía, y, del otro lado, la que de repente se vislumbra en la mente de Celina:

Sin embargo, la descripción de aquel orden incomprensible suscitó en Celina Vallejo un borroso pavor y, según contó a los compañeros de su mayor intimidad -aunque a la larga han llegado a saberlo todos-, recordó de pronto al profesor Souto con precisión y le imaginó desapareciendo súbitamente, esfumándose en el aire del mismo modo que se había extinguido y esfumado su última memoria de las palabras (...) ¹⁰.

Pero esa ‘prefiguración visual’ del destino del personaje viene enseguida reducida al campo de lo absurdo. Así, el cuento acaba

recomponiendo el orden lógico de la realidad, que parece sin embargo irremediadamente quebrantado.

El elemento perturbador que guía a la protagonista de “La imposibilidad de la memoria” hacia la resolución de la misteriosa desaparición de su marido es representado por un olor que poco a poco se hace más fuerte y que se acompaña de un raro sonido, “como un tiritar”¹¹, y una variación térmica, “un frío incongruente” (p. 261). Estas tres manifestaciones sensoriales anómalas constituyen el tenue hilo comunicativo que acabará reuniendo a la pareja bajo un único destino; son las señales que el desaparecido envía a su esposa para que ella le localice en un preciso lugar, el lugar donde Javier se ha refugiado una vez reconquistada su memoria, es decir, su identidad. Pero, como ocurría en la historia del profesor Souto, eso se revela a través de una narración de cuño realista en la que la protagonista se encuentra indagando sobre la desaparición de su marido, un interrogante inquietante que cuestiona profundamente los límites y la misma consistencia de lo real.

El narrador omnisciente sitúa la narración bajo precisas coordenadas espacio-temporales: estamos en verano y en Madrid, en la casa de una pareja adonde la mujer ha regresado después de un viaje. Entrando en casa, la protagonista percibe un olor a descompuesto que enseguida interpreta como olor a cerrado, debido a la falta de aire del piso. Al principio ella no se preocupa de la ausencia de su marido, que se había ido de vacaciones con su socio, ni le parece raro el hecho de que él no la llame, pero con el paso del tiempo y adecuándose a la imprevista soledad, empieza a analizar su vida y la transformación que ha padecido su larga relación con Javier. Quizá la causa de su ensimismamiento sea la lectura de una novela, “un libro que sucedía en los años de su mocedad y que protagonizaban personajes que querían representar algunas de las actitudes de la gente de su generación” (p. 258): así el recuerdo del pasado empieza poco a poco a imponerse, entre los pliegues de la vida diaria, sustentado también por aquellas raras percepciones sensoriales que ella todavía no consigue identificar. Entre tanto, Javier continúa sin llamar y su mujer decide telefonar a su socio, que le informa de que su marido nunca había llegado donde los dos tenían que pasar sus vacaciones. Asombrada por la noticia, la mujer intenta saber algo más hablando con un amigo que había sido la última persona que vio a Javier antes de que se fuera de viaje: aquél le

¹¹ José María Merino, “La imposibilidad de la memoria”, *op.cit.*, p. 260.

⁷ *Ibidem*, p. 243.

⁸ *Ibidem*, p. 244.

⁹ *Ibidem*, p. 247. Las cursivas son mías.

¹⁰ *Ibidem*.

cuenta que Javier le había parecido raro, sentado en un rincón del estudio, hablando de algo como "de la imposibilidad de la memoria" (p. 265).

Instintivamente, la protagonista se acerca al estudio y empieza a analizar lo que hay sobre el escritorio del marido, buscando algo que pueda explicar su desaparición, pero lo que encuentra son papeles y fotos pertenecientes al pasado que le imponen recordar y trazar su propia trayectoria existencial:

Recordó la fe de Javier y su propio enardecimiento, cuando estaba encendido dentro de ellos, como un afán obsesivo, como una vivísima y reconfortante pasión, el odio contra aquel mundo en que vivían; cuando estaban seguros de que todo iba a transformarse y de que eran ellos, precisamente ellos, una parte de lo que iba a ser capaz de transformarlo todo.

En aquellos poemas, aquellas frases lapidarias y aforismos, entre los discursos, los soflamas y las gacetillas, se mantenían, resacas como las hojas que se han guardado entre las páginas del diccionario, aquellas convicciones estentóreas de que el mundo iba a ser distinto, sin hambre ni ignorancia, sin guerras ni miseria, sin explotación ni privilegios"¹².

Lo que ahora empieza a producirse en la mente de la protagonista es el mismo proceso de recuperación de la memoria ocurrido a Javier; cómplices otra vez, las palabras escritas, testimonio inolvidable de otra vida a la que la pareja viene empujada a volver.

Se reproponen, pues, la idea de la palabra como medio para nombrar la realidad y nombrarse a sí mismos, la palabra como signo imborrable de lo existente, que, en ese caso, resulta ser el pasado que a través de ella continúa viviendo, en otra dimensión, aunque no por eso menos real.

Desde el título, este cuento pone de relieve el papel de la memoria para la construcción de la identidad, es decir del pasado almacenado en los recovecos de la interioridad; y, al revés, la falta de memoria, o mejor, la imposibilidad de preservarla frente al presente, comporta inevitablemente la conciencia del yo de su propia inexistencia. La historia contada allí es la reconstrucción por etapas del camino hacia la completa aceptación del yo de su total fracaso en el presente, por haber permitido a la realidad que se apoderase de sus propios sueños, de sus ideales. Por eso, la cada vez más clara conciencia del yo de carecer de identidad, lleva al final a reflejarse en la desaparición corpórea del sujeto, paradójicamente mientras consigue reapropiarse del pasado, de su memoria, reconociendo su antiguo 'yo', su verdadera identidad. Así, lo único que le queda es precisamente su iden-

tidad invisible, fantasmal, que continúa persistiendo en los lugares donde antes vivía su *doble*.

¹² *Ibidem*, pp. 266-267. Las cursivas son mías.